

SAN AMBROSIO

**LOS SACRAMENTOS
Y LOS MISTERIOS**

(De Sacramentis et de Mysteriis)

Prólogo, traducción y notas de

Benjamín Agüero

Serie
Los Santos Padres
N.º 33

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-545-1991

I.S.B.N.: 84-7770-198-9

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN AMBROSIO Y SUS OBRAS

Nació Ambrosio en las Galias, probablemente en el año 340 en Tréveris, donde su padre ejercía las funciones de prefecto. Muerto éste, su madre le llevó a Roma, donde recibió una esmerada formación en letras y leyes. En 374, Valentiniano I le designó gobernador de las provincias Emilia y Liguria, cuya capital era Milán.

Desde el año 355 Dionisio, el obispo legítimo de Milán, permanecía desterrado, habiendo sido suplantado por el arriano Auxencio. Este, durante veinte años, oprimió a los católicos que, por aquella época, constituían, en su mayor parte, la clase media y popular en la ciudad episcopal. Engrosaban, en cambio, las filas del arrianismo, los cortesanos, los funcionarios y los oficiales y soldados palatinos, a quienes se llamaba “godos”. El sostén más fuerte del catolicismo lo constituía la corporación de mercaderes de Milán: el “*corpus omne mercatorum*”.

En la época de Auxencio, los católicos quedaron despojados de sus iglesias. Dos eran las basílicas milanesas, dotadas ambas de baptisterio. La gran catedral, llamada Fausta o nueva, que San Ambrosio llamará “Basílica nueva, esto es, la que está intramuros, que es la mayor” (*Epíst.* XX, 1). Y la basílica llamada Porcia, o porciana, de ésta dirá el Santo: “La basílica vieja, la iglesia menor” (*Epíst.* XX, 10), que se hallaba extramuros. Volveremos a hablar de ella.

El obispo Dionisio acababa de morir (año 374) cuando Ambrosio fue designado gobernador. Se hizo cargo de sus funciones y gozó de gran prestigio, por sus dotes de hombre de Estado, la rectitud de su proceder y la firmeza de su conducta.

Muerto Dionisio hubo que proceder a la designación del reemplazante. Pero la elección del nuevo diocesano iba tomando mal cariz, porque, en medio de tumultos veíase comprometido el orden de la ciudad, y sus habitantes no se avenían a deponer sus insalvables divergencias. Fue entonces cuando Ambrosio llegó a la ciudad con propósitos pacificadores. Y en esa oportunidad —se dice—, un niño comenzó a clamar entre la multitud: “¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo!”, seguido después por el clamor de todos.

Según lo que fue Ambrosio después, no cabe duda que en esta oportunidad, la voz del pueblo fue la voz de Dios.

El año 374, luego de resistir cuanto pudo y hasta intentar una huida —todo lo cual frustró la Providencia—, se resignó Ambrosio a cargar con el pesado yugo del episcopado. Por aquellos días, apenas era “catecúmeno”. En una semana fue bautizado, recibió las órdenes sagradas y fue consagrado obispo.

Hombre de acción y letras, se dedicó de inmediato a estudiar profundamente la doctrina cristiana. Entregóse de lleno a Cristo y enajenó sus bienes, distribuyendo el producto entre los pobres. Llegó hasta vender los vasos sagrados para redimir cautivos. Su alma de padre recibió sorprendentes ensanchamientos y el Espíritu Santo le “enriqueció la garganta” con sagrada elocuencia, llena de “espiritual unción”. Su palabra cautivaba a la muchedumbre e hizo profunda mella en el generoso espíritu de Agustín, el futuro santo obispo de Hipona, y dispuso sus últimas dudas (*Confesiones*, I, V, cap. 13; I, VI, c. III y IV; *De utilitate credendi*, c. VIII).

El católico

La acción de Ambrosio desbordó su ciudad episcopal. Fue en Occidente el defensor de la doctrina católica. Asistió al Concilio de Aquilea (381), donde fueron depuestos Paladio y Secundino, obispos arrianos. En 381 presidió un concilio de obispos del vicariato de Italia, que condenó al apolinarismo. En 382 estuvo junto a San Epifanio de Salamina y Paulino de Antioquía en el Concilio Romano, y tanto era el prestigio de que gozaba, que inmediatamente después del Papa San Dámaso, se le hizo firmar las actas conciliares. En 390 celebró en Milán un concilio contra Joviano,

en el cual confirmóse la sentencia pronunciada, el año anterior en las Galias, contra los itacianos.

El jefe y pastor

Así como había influido ante Valentiniano I, así también lo hizo ante Graciano y, después, ante Valentiniano II y Teodosio. La madre de Valentiniano II, la emperatriz Justina, que apoyaba el arrianismo, encontró en Ambrosio un adversario irreductible. Justina reclamaba para los arrianos la basílica Porcia o, en su defecto, la basílica nueva (años 385 y 386). Fue en esta ocasión cuando Ambrosio decidió las cosas mediante un enérgico procedimiento. Hizo ocupar el sagrado recinto por los fieles, que no lo abandonaron hasta lograr el afianzamiento de sus derechos. Organizó, para entretener piadosamente a sus fieles y obtener la ayuda celestial, el canto de salmos e himnos a dos coros. En el *Hexaemeron* (III, V, 23) se dice que, cuando cantaban, se hubiera creído oír en la iglesia el bramido de las olas del mar (1).

Sirvióse el canto para la enseñanza del dogma, pudiéndosele considerar como uno de los primeros, si no el primero, que utilizó en Occidente el canto con esta finalidad misional. Nos dice al respecto S. S. Pío XI: “En Milán los herejes reprochaban a San Ambrosio que fascinaba a la muchedumbre con los cantos litúrgicos, cantos éstos que impresionaron al mismo Agustín y le inspiraron la resolución de abrazar la fe cristiana” (2). Y declara el mismo San Ambrosio: “Dicen que engaño al pueblo con el encantamiento de mis himnos. No lo niego. Es un gran encantamiento, y no hay otro que sea más poderoso. ¿Qué más poderoso, en efecto, que la confesión de la Trinidad, repetida cada día por la boca de todo un pueblo?” (3). Fue, como dice Largent, “el verdadero introductor de la poesía lírica en el Occidente cristiano... Ambrosio habitó a los católicos a repetir los himnos de que era autor” (4).

Frente al César

A la muerte de la emperatriz Justina, Valentiniano II pudo, al fin, ser ganado definitivamente para la causa de Cristo. Así,

movido por Ambrosio, impidió se restableciese en el Senado la estatua idolátrica de la Victoria, uno de los últimos chispazos del paganismo agonizante. Asesinado Valentiniano II por orden del godo Arbogasto (año 392), Teodosio quedó dueño del imperio.

Ambrosio fue su amigo leal: hablóle siempre el viril lenguaje de la verdad evangélica, sin desfallecimiento, sin poner sus miras en ventajas temporales. Indújole a revocar un edicto que perjudicaba injustamente a los católicos de la Mesopotamia (año 388) (6).

Después de la matanza ordenada por Teodosio en Tesalónica, para vindicar a sus funcionarios (acto cruel a que le impulsó el desmedido celo de su dignidad imperial), Ambrosio le impidió la entrada en el templo y le impuso penitencia pública, que el gran emperador cumplió humildemente despojado de todas sus insignias (7).

Murió Teodosio el 17 de enero del 395. Ambrosio habría de sobrevivirle sólo dos años, pues se durmió en el Señor la noche del Sábado Santo del año 397. La Iglesia, que le cuenta entre sus más grandes doctores, celebra su festividad el 7 de diciembre.

El escritor

La estructura mental de San Ambrosio es netamente romana. Persigue primordialmente fines prácticos y morales. Con todo, penetra —pero sin gran vuelo— en el sentido místico de la Escritura y, mediante acomodaciones de gran poder plástico, graba en sus oyentes la realidad suprasensible mediante vigorosas imágenes tomadas de la realidad sensible. Devuelve sus lecciones con argumentos tomados, generalmente, de la Biblia y de la Tradición.

Dice Villemin: “Se siente en su lengua y estilo, una hermosa tradición de antigüedad. Los dos escritores cuya imitación es más sensible en el genio de Ambrosio, son Tito Livio y Virgilio. A éstos les agregaría con gusto a Cicerón y Séneca” (8). Y agrega Thamin: “Pero sobre todo Virgilio..., que fue el poeta preferido por San Ambrosio, a juzgar por el considerable número de citas más o menos visibles que hace de él” (9).

Sus escritos *exegéticos* son muy numerosos (homilías, tratados morales y ascéticos), entre los cuales descuellan: “De officiis ministrorum”, “De virginibus”, “De viduis”. *Dogmáticos*, en

especial; “De fide ad Gratianum” (defensa del dogma de la divinidad del Verbo), “De Spiritu Sancto ad Gratianum augustum” (defensa del dogma de la consubstancialidad del Espíritu Santo), “De Incarnationis dominicae sacramento” (contra arrianos y apolinaristas), “De poenitentia” (contra los navacianos). En este último halláranse valiosos testimonios acerca del poder de absolver de la Iglesia, y de la necesidad de la confesión y del mérito de las buenas obras.

Además, nos ha dejado hermosos discursos, especialmente oraciones fúnebres y Cartas o *Epístolas*, de grandísimo interés histórico cuyo número oscila en noventa y uno.

Ya hemos mencionado sus *Himnos*. En especial, cuatro se le reconocen indudablemente: *Deus Creator omnium*, *Aeterne rerum conditor*, *Jam surgit hora tertia*, y *Veni Redemptor gentium*. En cambio, es seguro que el *Te Deum*, que se le atribuía, no le pertenece (10).

Dice Federico Ozanam que sus himnos están “llenos de elegancia y de belleza; de un carácter totalmente romano por su gravedad, con un no sé qué de viril en medio de las tiernas efusiones de la piedad cristiana” (11).

Doctrina

San Ambrosio sostiene en la fe, lo que ha recibido de la Iglesia de la fuente de la Escritura y de la Tradición. Alaba la inviolable pureza de la fe romana: “*Credatur — dice — Symbolo apostolorum quod ecclesia romana semper custodit et servat*” (12). “Donde está Pedro — afirma — allí está la Iglesia” (13).

Venera la Escritura como palabra de Dios, que los herejes usan y tergiversan sin derecho. Defiende con notable precisión el dogma de la Trinidad, y el de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Nadie explica mejor que él lo relativo a las dos voluntades (la humana y la divina) del Salvador (14). Proclama el dogma de la maternidad divina de María. Exclama: “¿Quién más noble que la Madre de Dios?” (15). Afirma su perpetua virginidad (16).

Es admirable su precisión y realismo al sostener la presencia real de Cristo en el sacramento del Altar, que llama sagrados misterios.

DE SACRAMENTIS

Este tratado “*De (o “acerca de) los Sacramentos*” que titulamos sencillamente: “*Los Sacramentos*”, ha sido discutido, en cuanto a si pertenecía o no a San Ambrosio. Su autenticidad ha sido especialmente atacada por los protestantes en el siglo XVII.

Después de los últimos estudios efectuados por eminentes especialistas, en particular los RR. PP. B. Botte, Morin, Faller y Conolly, no puede dudarse que sea de San Ambrosio. Ya no pueden aducirse razones probatorias contra una autenticidad avalada por la tradición y la crítica interna y externa.

Cuanto más, podría concederse, con Probst (17), que, tal vez, no ha sido escrito por el mismo Santo, sino por personas que siguieron sus catequesis y las estenografiaron; o, con Schermann, que es una compilación de varios trozos hecha por el mismo San Ambrosio (18).

Puede consultarse la comparación de textos paralelos de los puntos principales de *Los Sacramentos* y *Los Misterios* en *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie* (art. *Baptême*), t. II (1.^a p.) col. 319-320).

El texto latino puede consultarse en *Patrología Latina*, t. XVI, col. 417-462. Para la presente traducción se ha utilizado, con las variantes de códices ordenados por el R. P. *Bernard Botte*, O. S. B.

DE MYSTERIIS

“*De (O “acerca de) los Misterios*” o simplemente “*Los Misterios*”. De este tratado, como del anterior, se desconoce el año exacto de su composición por San Ambrosio. Constituye una serie de pláticas dirigidas a los recién bautizados, en las que el santo los introduce en la contemplación del misterio de la regeneración por el Bautismo y de la realidad eucarística, tratando de incitarles a la Comunión frecuente, diaria si es posible.

Sus frases son breves y a veces nerviosas, con esa agilidad característica de nuestros tiempos actuales. Con frecuencia sus imágenes y expresiones resultan sorprendentemente nuestras, con sabor de modernidad.

Para su traducción se ha seguido el texto latino, que puede hallarse en la *Patrología Latina* (t. XVI, col. 389-410), con las variantes consignadas por el ya nombrado Padre Botte, que ha sido nuestro guía permanente.

Nota importante

En el texto traducido, todo lo que va entre paréntesis es agregado nuestro, que hemos intercalado con el fin de hacer más fácil la comprensión a la mayoría. Nos hemos esmerado para que la traducción fuese lo más exacta posible, según la letra y el espíritu del Santo Doctor Ambrosio. Los números marginales, en arábigo, son los primitivos del texto latino.

Buenos Aires, día de la Asunción de María, 1953.

BENJAMIN AGÜERO

NOTAS

1. "Bene mari plerumque comparatur ecclesia, quae... in oratione totius plebis tanquam undis refluentibus stridet, cum responsorii psalmodum, cantus virorum, mulierum, virginum, parvulorum, consonus undarum fragor resultat" (P. L., t. XIV, col. 165 c-d).
2. *Act. Ap. Sedis*, t. XXI, 1929, pág. 33 (Cita de *Tu es Petrus*, p. 792).
3. *Sermo contra Auxentio de basilicis tradendis*. P. L., t. XVI, col. 1.017-1.018.
4. Cf. San Agustín: *C onfesiones*, I, IX, c. VII.
5. Cf. *Vita San Ambrosio a Paulino conscripta*, n. 20. P. L. t. XIV, col. 33-34.
6. Se les quería obligar a reedificar una sinagoga (*Epist.* XII. P. L. t. XVI, col. 1.101-1.121).
7. Cf. *Epist.* LI, P. L., t. XVI, col. 1.160-1.164.
8. Artículo "St. Ambroise" en *Biographie universelle* de F. Didot.
9. "St. Ambroise et la morale chrétienne au IV Siècle", c. VII.
10. Es del obispo Nicetas de Remesiana (fines s. IV). Su uso litúrgico se generalizó en Occidente en el siglo VI.
11. *La civilisation au IV Siècle*.
12. *Epíst.*, 42, 5 (P. L., t. XVI, col. 1.125).
13. *In psalm.* XL, 30 (P. L., t. XIV, col. 1.082).
14. In Lucam, I, X, n. 60 (P. L., t. XV, col., 1.819). *De fide ad Grat. august.*, I, II, c VII (P. L., t. XVI, col. 570).
15. *De virginibus*, I, II, c. II (P. L., t. XVI, col. 209).
16. *De Virg.*, I, II, c. II (Ibidem) y *De institutione virginis*, c. VIII (P. L., t. XVI, col. 320).
17. *Liturgie des vierten Jahrhunderts* (p. 232).
18. *Römische Quartalschrift* (t. XVIII, p. 36 y 237).

LOS SACRAMENTOS

LIBRO PRIMERO

I

1. Emprendo la explicación de los sacramentos que vosotros habéis recibido. No hubiera sido conveniente que se lo hiciera antes, pues en el cristiano lo primero es la fe. Así, en Roma, se da el nombre de fieles a los que han sido bautizados, y nuestro padre Abrahán fue justificado por la fe, no por las obras. Por tanto, si recibisteis el bautismo fue porque creísteis. No me es lícito suponer otra cosa, pues no habrías sido llamado a la gracia si Cristo no te hubiera juzgado digno de su gracia.

2. ¿Qué hicimos, pues, el sábado? La *apertura* (1), indudablemente. Se celebraron los misterios de la apertura cuando el sacerdote te tocó los oídos y la nariz. ¿Qué significa esto? En el Evangelio nuestro Señor Jesucristo, cuando le fue presentado un sordomudo, le tocó los oídos y la boca; los oídos porque era sordo, la boca porque era mudo, y dijo: *Effetha* (2). Esta es una palabra hebrea que significa «ábrete». Es, pues, por esto que el sacerdote te tocó las orejas; para que tus oídos se abriesen a la palabra y alocución del sacerdote.

3. Pero, me preguntas: ¿Por qué la nariz? (3). Allí porque era un mudo, le tocó la boca, para que quien no podía hablar de los misterios celestiales, recibiese la voz de Cristo. Y, en aquella ocasión se trataba de un varón, mientras que aquí se bautizan también las mujeres, y la pureza del siervo no es tanto como la del Señor —puesto que éste perdona los pecados, mientras que al siervo le son perdonados ¿cómo podría comparárselos?—, así, pues, por respeto al acto y a la función, ahora el obispo no toca la

boca sino la nariz. ¿Por qué la nariz? Para que recibas el buen olor de la piedad eterna, para que digas: “Somos el buen olor de Cristo para Dios”, como dijo el santo Apóstol (4), y haya en ti la fragancia plena de la fe y de la devoción.

II

4. Hemos venido a la fuente (bautismal), has entrado, has sido ungido. Considera lo que has visto, considera lo que has dicho, recapacítalo diligentemente. Acudió a tu encuentro un levita, te recibió un presbítero. Fuiste ungido como atleta de Cristo (5), como quien tiene que luchar en la lucha de este mundo, hiciste profesión de luchar a brazo partido tus combates. El que lucha sabe lo que le espera: donde hay combate, hay corona (6). Luchas en el siglo, pero serás coronado por Cristo; y por los combates que sostengas en el siglo, serás coronado. Pues, aunque el premio esté en el cielo, aquí en la tierra está, en cambio, aquello que lo merece.

5. Cuando se te interrogó: “¿Renuncias al diablo y a sus obras?”, ¿qué respondiste? “¡Renuncio!”. “Renuncias al mundo y a sus placeres?”, ¿qué respondiste?: “¡Renuncio!”. Acuérdate de tu palabra y jamás pierdas de vista las consecuencias de la garantía que prestaste. Si firmas un recibo a favor de alguien, se te tendrá como obligado a recibir su dinero, se te tendrá como obligado estrictamente, y el acreedor (de tu contraprestación) te constriñe (7). Si rehúsas, vas a buscar al juez y allí eres convencido por tu garantía.

6. Considera dónde prometiste y a quiénes prometiste. Viste un levita, pero él es ministro de Cristo. Le viste ejercer su ministerio ante el altar. Por tanto, tu compromiso se mantiene en el cielo, no en la tierra. Considera dónde recibes los sacramentos celestiales. Si aquí está el cuerpo de Cristo, también aquí se han establecido los ángeles: “donde está el cuerpo están las águilas” (8), leíste en el Evangelio. Donde está el cuerpo de Cristo, también están las águilas que acostumbran volar para huir de lo que es terreno, buscando lo celestial. ¿Por qué digo esto? Porque los hombres que anuncian a Cristo son también ángeles y se les tiene como llamados a ocupar lugar de ángeles.

7. ¿Cómo? Escucha. El Bautista era Juan, nacido de varón y de mujer. Con todo, oye: él también es un ángel: “He aquí que envío a mi ángel delante de tu faz y él preparará tu camino delante de ti” (9). Oye esto otro. El profeta Malaquías dice: “Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de sus labios se ha de aprender la ley, porque él es ángel de Dios omnipotente” (10). Se dice esto para que proclamemos la gloria del sacerdote, y nada atribuyamos a nuestros méritos personales.

8. Has renunciado, pues, al mundo, renunciaste al siglo. Manténte vigilante. El que debe dinero tiene cuentas siempre de su garantía. Y tú, que debes la fe a Cristo, guarda la fe que vale mucho más que el dinero. La fe, en efecto, es una riqueza eterna, el dinero, en cambio, temporal. Por tanto, tú también recuerda siempre lo que has prometido: serás más cauto. Si cumples tu promesa, guardarás también tu garantía.

III

9. En seguida te acercaste, viste la fuente y también al sacerdote junto a la fuente. Tampoco debo suponer que os asaltó el mismo pensamiento que a aquel Naamán el sirio (11). Porque aunque fue limpiado, con todo dudó al principio. ¿Por qué? Escucha, lo diré.

10. Entraste, viste el agua, viste el sacerdote, viste el levita. No sea que alguien pudiera decir: “¿Y esto es todo?” Sí, es todo, verdaderamente todo, allí donde está toda inocencia, toda piedad, toda gracia, toda santificación. Viste lo que pudiste ver con los ojos del cuerpo y con las miradas humanas: no viste aquellas cosas que se realizan (en el plano sobrenatural), sino sólo las que se ven (en el plano natural). Mucho más grande son las cosas que no se ven que las que se ven, *porque las que se ven son temporales, y eternas las que no se ven* (12).

IV

11. Por tanto, digamos primero: “Guarda la garantía de mi palabra (es decir, lo que prometí con mi voz) y exige su cum-

plimiento”. Admiramos los misterios de los judíos que fueron dados a nuestros padres, primero por la antigüedad de sus sacramentos, y después por la prestancia de su santidad. Prometo, con todo, mostraros que más divinos y anteriores son los sacramentos de los cristianos que los de los judíos.

12. ¿Qué cosa más extraordinaria —para hablar ahora del Bautismo— que el paso del pueblo judío por el Mar (Rojo)? Con todo, los judíos que le atravesaron murieron todos en el desierto (13). En cambio, el que pasa por esta fuente (bautismal), vale decir, el que pasa de las cosas terrenas a las celestiales —porque este es tránsito, y por ende “pascua” (pasaje), este es su tránsito del pecado a la vida, de la culpa a la gracia, de la inmundicia a la santificación—, el que pasa por esta fuente, no muere, sino que resucita.

V

13. Naamán era, pues, leproso (14). Una esclava dijo a su mujer: “Si mi señor quiere ser limpiado, vaya al país de Israel y hallará allí a quien puede quitarle la lepra”. Dijo esto a su dueña; ésta lo dijo a su esposo, y Naamán al rey de Siria, el cual —por serle muy querido Naamán— lo envió al rey de Israel. Oyó el rey de Israel que se le había enviado a alguien para que lo limpiara de la lepra, y rasgó su vestidura. Entonces el profeta Eliseo le mandó decir: “¿Por qué rasgaste tu vestidura como si no existiese Dios capaz de limpiar a un leproso? Envíale a mí”. Envióle, y en llegando djóle el profeta: “Vete, desciende al Jordán, sumérgete y sanarás”.

14. El comenzó a pensar para consigo y a decirse: “¿Y esto es todo? Vine de Siria al país de Judea y se me dice: “Vete al Jordán, sumérgete y sanarás. ¿Como si no hubiera ríos mejores en mi patria!” Le dijeron entonces sus servidores: “Señor, ¿por qué no haces lo que dice el profeta? Antes bien, hazlo y experimenta”. Entonces fue al Jordán, se sumergió y salió sano.

15. ¿Qué significa, pues, esto? Viste el agua. Pero no toda agua sana, sino que sana el agua que tiene la gracia de Cristo. Una cosa es el elemento y otra la consagración, una cosa es el acto y otra la operación. El acto se ejecuta con el agua, pero la eficacia

proviene del Espíritu Santo. El agua no sana si el Espíritu Santo no ha descendido y consagrado esa agua, tal como leíste que, cuando Nuestro Señor Jesucristo instituyó la forma (rito) del bautismo, vino a Juan, y Juan le dijo: “Yo debo ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí?” Cristo le respondió: “Déjame hacer ahora, porque así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia” (15). Mira, pues, cómo toda la justicia ha sido puesta en el bautismo.

16. Así, pues, ¿para qué descendió Cristo, sino para que la carne fuese purificada, esa carne que él asumió de nuestra condición? No necesitaba Cristo que se purificase de sus pecados, “él, que no cometió pecado” (16), pero sí lo necesitábamos nosotros, nosotros que quedamos sujetos al pecado. De modo que, si para nosotros fue instituido el bautismo, su rito fue propuesto a nuestra fe.

17. Descendió Cristo (al Jordán), allí estaba Juan que bautizaba, y he aquí que “el Espíritu Santo descendió como una paloma” (17). No descendió una paloma, sino como una paloma. Recuerda lo que dije: Cristo asumió la carne, no como carne, sino la verdad de esta carne, Cristo verdaderamente asumió la carne, mientras que el Espíritu Santo descendió del cielo no en la realidad de una paloma, sino bajo la apariencia de una paloma. Así, pues, vio Juan y creyó.

18. Descendió Cristo, descendió también el Espíritu Santo. ¿Por qué descendió Cristo y después el Espíritu Santo, siendo que el rito habitual del bautismo exige que primero sea consagrada la fuente y que después descienda a ella el que ha de ser bautizado? Porque el sacerdote entra y primero hace el exorcismo sobre la criatura que es el agua, y después hace la invocación y la plegaria para que la fuente sea santificada y se realice la presencia de la Trinidad Eterna (18). Cristo, en cambio, descendió antes (al agua del Jordán), y después el Espíritu Santo le siguió. ¿Por qué razón? Para que no pareciese que el Señor Jesús tenía necesidad del misterio de la santificación, sino para que se viese, por el contrario, que El mismo santificaba y también el Espíritu Santo.

19. Por tanto, Cristo descendió al agua y, como una paloma, descendió el Espíritu Santo. A su vez, Dios Padre habló desde el cielo (19). Tienes la presencia de la Trinidad.

VI

20. Que existió figura de este bautismo en el Mar Rojo, lo afirma el Apóstol cuando dice: “Nuestros padres fueron todos bautizados en la nube y en el mar” (20), y agrega: “Todas estas cosas les fueron hechas en figura”. Para ellos en figura, pero para nosotros en verdad. Moisés tenía entonces la vara de mando; el pueblo judío estaba rodeado. Por un lado, los egipcios con sus armas, por el otro, le detenía el mar, de modo que no podía pasar el mar ni desandar camino a causa del enemigo. Comenzaron entonces a murmurar (21).

21. Cuida no te seduzca el hecho de que fueran escuchados. Aunque les escuchó el Señor, con todo, no carecen de culpa quienes murmuraron. Cuando te hallares en aprieto, cree que te salvarás, no murmures, invoca, ruega, no prorrumpas en quejas.

22. Moisés tenía su vara y conducía al pueblo de los hebreos, durante la noche una columna de luz, durante el día mediante una columna de nube (22). ¿Qué es la luz sino la verdad que derrama una luz clara y manifiesta? ¿Qué es la columna de luz sino Cristo Señor, que ha disipado las tinieblas de la incredulidad y ha infundido la luz de la verdad y de la gracia espiritual en el corazón de los hombres? Ahora bien, la columna de nube es el Espíritu Santo. El pueblo estaba en el mar y le precedía la columna de luz, seguía después la columna de nube como la sombra del Espíritu Santo. Ya ves, pues, cómo se nos ha mostrado la figura del bautismo por el Espíritu Santo y el agua.

23. También en el diluvio hubo ya entonces una figura del bautismo (23) y, en verdad, entonces no existían todavía los misterios de los judíos. Por tanto, si el rito del bautismo fue anterior, ves que los misterios de los cristianos son superiores a los de los judíos.

24. Mas, ahora, a causa de la flaqueza de nuestra voz en razón de la premura del tiempo, baste por hoy haber gustado siquiera los misterios de la sagrada fuente. Mañana, si el Señor nos da el poder de hablar y hasta de hacerlo con abundancia, beberemos más ampliamente. Es preciso que Vuestra Santidad (24) preste atento oído y tenga el ánimo más dispuesto, para que pueda retener lo que me sea dado colegir y enseñar acerca de la serie de las Escrituras, a fin de que tengáis la gracia del Padre y

del Hijo y del Espíritu Santo, Trinidad cuyo reino es perpétuo desde los siglos y ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. **San Hipólito** (*Trait. apost.*) hace mención en la víspera del bautismo de tres ritos sucesivos: imposición de manos, insuflación y signación de la frente, oídos y nariz. No menciona ni saliva ni óleo.

2. Marcos 7, 34.

3. Cf. *Misterios*, 4.

4. II Corintios, 2, 15.

5. Parece que se trata de una unción de todo el cuerpo, como en Oriente: Cf. San Cirilo de Jerusalén (*Cat. myst.*, 2, 3): es un rito de exorcismo. La liturgia ambrosiana conserva, para los enfermos, una fórmula antigua de unción: "Te unjo con el óleo santificado para que como soldado ungido y preparado para la lucha, puedas superar las catervas aéreas". Igual idea en San Juan Crisóstomo (*In. Epist. ad Colos.*, II, hom. 6, 4).

6. I Corintios 9, 25.

7. Es la clásica concepción de la obligación jurídica que, para el derecho romano (que perdura en el nuestro), era: "vinculum juris quo necessitate adstringimur alicujus solvendae rei"... (vínculo de derecho, por el que somos *constrañidos* con la necesidad de pagar alguna cosa).

8. Mateo 24, 28.

9. Mateo 11, 10.

10. Malaquías 2, 7.

11. IV Reyes, cap. 5.

12. II Corintios 4, 18.

13. Juan 6, 49 y 58.

14. IV Reyes 5, 1-14.

15. Mateo 3, 14-15.

16. I Pedro 2, 22.

17. Juan 1, 32.

18. Dos partes se destacan: el exorcismo y la consagración.

19. Mateo 3, 16-17.

20. I Corintios 10, 2.

21. Exodo 14, 9-11.

22. Exodo 13, 21.

23. Este simbolismo del diluvio, se deriva de I Pedro 3, 20, 21.

24. "Vuestra Santidad" o "Vuestra Caridad", eran títulos con que los oradores sagrados se dirigían a los fieles cristianos. ¡Qué respetuosa delicadeza por los miembros de Cristo!

LIBRO SEGUNDO

I

1. También en el diluvio hay una figura anticipada del bautismo. Lo comenzamos a explicar ayer (1). ¿Qué es el diluvio, sino el medio con que fue salvado el justo para que fuese semillero (propagador) de la justicia, y muriese el pecado? Por eso el Señor, viendo que se multiplicaban los delitos de los hombres, reservó un solo o justo (Noé) con su descendencia, en tanto ordenó al agua que excediese la cumbre de los montes. Y así, en aquel diluvio, hizo perecer toda la corrupción de la carne e hizo subsistir únicamente el linaje y el tipo del justo. ¿No es acaso el diluvio, lo que el bautismo, por el cual se borran todos los pecados y sólo resucitan el espíritu y la gracia del justo?

2. Hay muchas clases de bautismos, pero *uno solo es el bautismo*, exclama el Apóstol (2). ¿Por qué? Existen los bautismos de los gentiles (paganos), pero no son bautismos. Son abluciones, no pueden ser bautismos. Lávase la carne, pero no se borra la culpa. Por el contrario, se la contrae con esta ablución. Pero existían los bautismos de los judíos, unos superfluos, otros en figura. Y la figura misma nos aprovecha porque es anuncio de la verdad.

II

3. ¿Qué fue leído ayer? “Un ángel —dice (Juan 5, 4)— bajaba de vez en cuando a la piscina, y cada vez que el ángel des-

descendía, el agua se agitaba, y el primero que a ella bajaba se sanaba de cualquier enfermedad que le aquejase”. Lo cual representa la figura de nuestro Señor Jesucristo que debía venir.

4. Un ángel. ¿Por qué? Porque El mismo es el *Ángel del gran consejo* (3). ¿Por qué de vez en cuando? Porque El estaba reservado para el ocaso (última hora), para detener el día en su mismo ocaso y diferir el crepúsculo. Cada vez, pues, que descendía el ángel, el agua se agitaba. Tal vez digas: “¿Por qué no se agita (el agua bautismal) ahora? Oye por qué: “Las señales (o prodigios) son para los incrédulos, la fe para los creyentes” (4).

5. “El que descendía primero, se sanaba de toda enfermedad”. ¿Qué quiere decir, “primero”? ¿Primero por el tiempo o por la dignidad? Entiéndelo en ambos sentidos. Si en cuanto al tiempo, el primero que bajaba se sanaba antes: dicese del pueblo judío antes que de los pueblos gentiles. Si en cuanto al honor, el primero que descendía se sanaba: se trata del que tenía el temor de Dios, el anhelo de la justicia, la gracia de la caridad, el amor de la castidad ese era sanado preferentemente. Sin embargo, en aquel tiempo sólo uno era salvado. En aquel tiempo, digo, en figura, el primero que bajaba era el único sanado. ¡Cuánto más grande es la gracia de la Iglesia en la cual todos cuantos bajan (a las aguas del bautismo) son salvados!

6. Pero mirad el misterio. Vino nuestro Señor Jesucristo a la piscina, donde yacían muchos enfermos. Y fácilmente yacían muchos enfermos allí donde uno solo era curado. Dijo entonces al paralítico: “Baja”. Le respondió éste: “No tengo hombre” (que me baje al agua). Mira dónde eres bautizado; considera que el bautismo no viene sino de la cruz de Cristo, de la muerte de Cristo. Allí está todo el misterio porque padeció por ti. En El mismo eres redimido, en El mismo eres salvado.

7. “No tengo hombre”, dice. Es decir, “por un hombre vino la muerte y por un hombre viene la resurrección” (5). No podía bajar, no podía salvarse aquel que no creía que nuestro Señor Jesucristo había tomado carne de una virgen. En cambio, aquel que esperaba al “mediador entre Dios y los hombres, a Jesús hombre” (6), el que esperaba a Aquel de quien ha sido dicho: “Y el Señor enviará a un hombre que los salvará”, ese mismo decía: “No tengo hombre”. Y así mereció alcanzar la salud porque creía en Aquel que debía venir. Con todo, mejor

y más perfecto fuera si hubiese creído que Aquel cuya venida esperaba ya había llegado.

III

8. Mira ahora los detalles. Hemos dicho que precedió una figura (del bautismo) en el Jordán, cuando Naamán, el leproso, fue purificado (8). Aquella sierva entre los cautivos, ¿quién es, sino la que tenía los rasgos de la Iglesia y representaba su figura? Cautivo era, en efecto, el pueblo de los gentiles. Era cautivo. No hablo yo de la cautividad impuesta a un pueblo por un enemigo cualquiera, sino de aquella cautividad que es mayor, cuando el diablo, con los suyos, domina con su cruel imperio y somete bajo su yugo la cautiva cerviz de los pecadores.

9. Así, pues, tienes un bautismo (la purificación de Naamán), otro en el diluvio. Tienes una tercera especie cuando en el Mar Rojo nuestros padres fueron bautizados. Una cuarta especie en la piscina cuando el agua se agitaba. Te pregunto ahora, ¿debes creer que tienes la presencia de la Trinidad en el bautismo con que bautiza Cristo en la Iglesia?

IV

10. Así, dice, en efecto, nuestro Señor Jesucristo a sus Apóstoles en el Evangelio: “Id, bautizad a las gentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Palabra es ésta del Salvador (9).

11. Dime, hombre; invocó Elías fuego del cielo y bajó fuego del cielo (10). Invocó Eliseo el nombre del Señor y el hierro de la segur que se había sumergido surgió a la superficie del agua. He aquí otra especie de bautismo. ¿Por qué? Porque el hombre, antes del bautismo, como el hierro. En cuanto es bautizado ya no es como el hierro sino que, más leve, como leño fructífero se eleva. Tenemos aquí, pues, otra figura. Era una segur (hacha) con la que se cortaba leña. Se desprendió el mango de la segur, esto es, hundióse en el agua la segur. El hijo (discípulo) de profeta no

supo qué hacer, mas sólo atinó a rogar al profeta Eliseo y pedirle remedio. Entonces él arrojó el leño (al agua) y el hierro fue rescatado (11). Ves, pues, que en la cruz de Cristo (sagrado leño) se alivia la enfermedad de todos los hombres.

12. Otra cosa más —aunque no sigamos el orden de los hechos. Porque, ¿quién podrá abarcar todo lo que Cristo ha hecho, como dijeron los Apóstoles? (12)—. Moisés había llegado al desierto, y el pueblo tuvo sed y llegóse a la fuente de Mara (13) y quiso beber. En cuanto extrajo agua de ella, sintió su amargura y no pudo beberla. Por lo cual Moisés puso un leño en la fuente y el agua, que antes era amarga, comenzó a endulzarse.

13. ¿Qué significa esto, sino que toda criatura sujeta a la corrupción es amarga para todos? Aunque es suave por un cierto tiempo, aunque es agradable por un cierto tiempo, es amarga, que no puede quitar el pecado. Luego que la bebas tendrás sed, luego que comiences a gustar su suavidad, sentirás de nuevo su amargura. Es, pues, agua amarga. Pero, desde que ha recibido la cruz de Cristo, sacramento celestial, comienza a ser dulce y suave, y con razón suave porque hace desaparecer la culpa. Por consiguiente, si tanto poder tuvieron los bautismos en figura ¡cuánto mayor no ha de ser el del Bautismo de verdad!

V

14. Ahora, pues, reflexionemos. Viene el sacerdote, dice una oración sobre la fuente (bautismal), invoca el nombre del Padre, la presencia del Hijo y del Espíritu Santo (14), emplea palabras celestiales. Palabras celestiales, porque son palabras de Cristo, que nos dice que bauticemos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (15). Si, pues, por palabra de los hombres, por la palabra de un santo, hacía presente la Trinidad, cuanto más estará allí donde obra la palabra eterna. ¿Queréis saber si descende el Espíritu (Santo)? Oíste que descendió como paloma. ¿Por qué como paloma? Para que los incrédulos sean llamados a la fe. Al principio fue necesario que hubiese una señal; luego debe venir la perfección.

15. Oye otra cosa. Después de la muerte de nuestro Señor Jesucristo los Apóstoles estaban reunidos y oraban el día de Pen-

tecostés, y de repente sintióse un gran ruido como si un viento soprase con gran fuerza y se vieron como lenguas de fuego que se separaban (16). ¿Qué significa esto sino el descenso del Espíritu Santo? que quiso mostrarse a los incrédulos también en forma corpórea, es decir, bajo la forma corpórea mediante el signo, de manera espiritual mediante el sacramento. Es, pues, un testimonio manifiesto de su venida, pero a nosotros se nos ofrece el privilegio de la fe, porque al principio se hacían signos para los incrédulos, mientras que nosotros, que ya estamos en la plenitud de la Iglesia, debemos abrazar la verdad, no por el signo, sino por la fe (17).

VI

16. Examinemos, ahora, qué cosa sea lo que se llama bautismo. Viniste a la fuente, bajaste a ella, reparaste en el sumo sacerdote, viste los levitas y el presbítero en la fuente. ¿Qué es el bautismo?

17. Al principio Dios Nuestro hizo al hombre en forma tal, que si no gustara el pecado no muerte. Cometió el pecado, fue sometido a la muerte, fue arrojado del paraíso (18). Pero el Señor que quería hacer durar sus beneficios y aniquilar todas las insidias de la serpiente y también reparar todo lo que había dañado, sentenció primero contra el hombre: “Tierra eres y a la tierra volverás” (19), y lo sometió a la muerte. La sentencia era divina: nada podía contra ella la sola condición humana. Le fue dado el remedio: que el hombre muriese y resucitase. ¿Por qué? A fin de que lo que primero había servido de condenación, sirviese, a su vez, de beneficio. ¿Qué cosa es ello sino la muerte? ¿Preguntas cómo? Porque la muerte, interviniendo, pone fin al pecado. En efecto, cuando morimos, en verdad dejamos de pecar (20). Parecía, pues, que se había satisfecho la sentencia ya que el hombre —que había sido hecho para vivir si no pecaba— comenzaba a morir. Con todo, a fin de que la gracia de Dios perdurase, murió el hombre, pero Cristo halló la resurrección, es decir, que El quiso reintegrar el beneficio celestial que se había perdido por el fraude de la serpiente. Ambas cosas (muerte y resurrección) fueron, pues, para nuestro favor, porque la muerte es fin de los pecados y la resurrección es reformación de la naturaleza.

18. Con todo, para que no prevaleciese en este mundo el fraude o las insidias del diablo, se halló el bautismo. Oye lo que acerca del bautismo dice la Escritura o más bien el Hijo de Dios: los fariseos no quisieron ser bautizados con el bautismo de Juan; *despreciaron el designio de Dios* (21). Por tanto, *el bautismo es designio de Dios* ¡Cuánta gracia hay allí donde está el designio de Dios!

19. Oye, pues. Así, para desatar el lazo del diablo en este mundo, hallóse el medio de hacer morir al hombre vivo, y de hacerle resucitar vivo. ¿Qué quiere decir vivo? Es decir, vivo con la vida del cuerpo, cuando viniere a la fuente (bautismal) y fuere en ella sumergido. ¿De dónde es el agua sino de la tierra? Se satisfizo, pues, la sentencia celestial sin el entorpecimiento de la muerte. Cuando te sumerges en el agua se satisface la sentencia aquella: “Tierra eres y a la tierra volverás”. Cumplida la sentencia, se hace lugar al beneficio y al remedio celestial. Así, pues, el agua es de la tierra y, por otra parte, la posibilidad de nuestra vida no admitía que fuésemos oprimidos con tierra y que de la tierra resurgiésemos. Además, no es la tierra la que lava, es el agua que lava. Así, la fuente es como una sepultura.

VII

20. Se te preguntó: “¿Crees en Dios omnipotente?” Dijiste: “Creo”, y fuiste sumergido, es decir, sepultado. Por segunda vez se te preguntó: “¿Crees en nuestro Señor Jesucristo y en su cruz?” Dijiste: “Creo”, y fuiste sumergido. Por esta razón con Cristo fuiste sepultado (22). Porque el que con Cristo es sepultado con Cristo resucita. Por tercera vez fuiste interrogado: “¿Crees en el Espíritu Santo?” Dijiste: “Creo”, y por tercera vez fuiste sumergido, a fin de que la triple confesión absolviese las múltiples caídas de la vida pasada.

21. En fin, os daremos el ejemplo del apóstol San Pedro a quien se le vio caer por flaqueza de la condición humana, después en la pasión del Señor, él que antes había negado, para abolir y perdonar aquella caída, es interrogado tres veces por Cristo si amaba a Cristo. Entonces le respondió: “Señor, tú sabes que te amo” (23). Tres veces lo dijo para ser tres veces perdonado.

22. Si, pues, el Padre perdona el pecado, así también lo perdona el Hijo, y así también el Espíritu Santo. No os asombréis de que seamos bautizados en un solo nombre, esto es: en *el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, porque se dice un solo nombre allí donde sólo hay una substancia, una divinidad, una majestad. Este es el nombre del cual se ha dicho: “En el cual todos deben ser salvados” (24). En este nombre todos vosotros habéis sido salvados, habéis sido devueltos a la gracia de vida.

23. Exclama, pues, el Apóstol, como lo oísteis en lo que se ha leído ahora: “El que es bautizado, en la muerte de Jesús es bautizado” (25). ¿Qué significa “en la muerte”? Que así como Cristo murió, así también tú gustarás la muerte; que así como Cristo murió al pecado y vive para Dios, así también tú deberás morir a los anteriores atractivos de los pecados mediante el sacramento del bautismo, y resucitar por la gracia de Cristo. Es, pues, una muerte, pero no en la realidad de una muerte corporal, sino en la semejanza. Así cuando eres sumergido recibes la semejanza de muerte y sepultura, recibes el sacramento de la cruz, porque pendió Cristo de la cruz y su cuerpo fue clavado en ella. De modo que cuando tú eres crucificado te adhieres a Cristo; te adhieres con los clavos de nuestro Señor Jesucristo, para que el diablo no pueda desprenderte. Sosténgante los clavos de Cristo, el cual restaura la debilidad de la condición (naturaleza) humana.

24. Fuiste, pues, sumergido, viniste al sacerdote. ¿Qué te dijo? Dijo: “Dios Padre omnipotente, que te regeneró (hizo nacer de nuevo) por el agua y el Espíritu Santo y te perdonó tus pecados, te unge El mismo en la vida eterna” (26). Mira para qué eres ungido: “para la vida eterna”, dice. No quieras anteponer esta vida a la eterna. Por ejemplo, si surge algún enemigo, si quiere arrebatarte la fe, si amenaza de muerte con el fin de que se prevaque, mira qué debes elegir. No elijas aquello en lo cual no fuiste ungido; elige aquello en lo que fuiste ungido, de suerte que prefieras la vida eterna a la vida temporal.

NOTAS

1. Véase *supra* I, 23.
2. Efesios 4, 5.
3. Isaías 9, 5. (Setenta); 9, 6 (*Vulgata*).
4. I Corintios 14, 22.
5. I Corintios 15, 21.
6. I Timoteo 2, 5.
7. Isaías 19, 20.
8. Ver *supra* I, 13.
9. Mateo 28, 19.
10. III Reyes 18, 38.
11. Literalmente: levantado, aligerado.
12. Juan 21, 25.
13. Exodo 15, 23-25.
14. Véase *supra* I, 18.
15. Mateo 28, 19.
16. Hechos 2, 1-3.
17. I Corintios 14, 22.
18. Génesis 3, 17-23.
19. Génesis 3, 19.
20. Romanos 6, 7.
21. Lucas 7, 30.
22. Romanos 6, 4.
23. Juan 21, 15.
24. Hechos 4, 12.
25. Romanos 6, 3.
26. No hay que confundir esta unción posbautismal con la Confirmación, que tenía lugar después del lavatorio de los pies. Dice Tertuliano (*De bautismo*, 7): “Salidos del bautismo somos ungidos con la santa unción”. Y San Hipólito (*Trad. Apost.*, 21): “Te unjo con el óleo santo en el nombre de Jesucristo”. En el rito actual, la unción es prebautismal. Dice el sacerdote ungiendo el pecho y la espalda: “Yo te unjo con el óleo de la salud (óleo de los catecúmenos), en Cristo Jesús, nuestro Señor, para que tengas la vida eterna”.

LIBRO TERCERO

I

Ayer hablamos acerca de la fuente, que es en apariencia como una especie de sepulcro, en el cual, creyendo en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, somos recibidos y sumergidos, y surgimos, esto es, resucitamos. También recibes el *μύρον* (crisma), esto es, el unguento sobre la cabeza. ¿Por qué sobre la cabeza? Porque “la cabeza es la sede de los sentidos del sabio”, dice Salomón (1). Porque la sabiduría sin la gracia está inactiva; mas, en cuanto la sabiduría recibe la gracia, entonces su obra comienza a ser perfecta. Esto llámase regeneración.

2. ¿Qué es la regeneración? Tienes en los Hechos de los Apóstoles que aquel versículo que se dice en el Salmo II: “Tú eres mi hijo, hoy te engendré”, parece referirse a la resurrección. En efecto, el apóstol San Pedro lo interpreta así en los Hechos de los Apóstoles, cuando el Hijo resucitó de la muerte resonó la voz del Padre diciendo entonces: “Tú eres mi Hijo, hoy te engendré” (2). De ahí que también sea llamado “primogénito de entre los muertos” (3). ¿Qué es, pues, la resurrección sino cuando de la muerte resurgimos a la vida? Así también en el bautismo, porque es semejanza de la muerte, sin duda; cuando te sumerges y resurges se produce una semejanza de la resurrección. De suerte que, justamente, según la interpretación del Apóstol, así como aquella resurrección (de Cristo) fue una regeneración, así también esta resurrección (del bautismo nuestro) es una regeneración.

3. Pero ¿qué dices? ¿Qué te sumerges en el agua? ¿Por eso te extravías, por eso te retiene la duda? Leemos, en verdad: “Pro-

duzca la tierra de sí misma fruto que germine” (4). También leíste algo semejante acerca de las aguas: “Produzcan las aguas animales, y nacieron animales” (5). Nacieron ellos al principio de la creación, pero fue reservado para ti el que el agua te regenerara a la gracia como a otros seres los engendró a la vida. Imita, pues, a aquellos peces que recibieron un beneficio menor; beneficio que, sin embargo, debe causarte admiración. Está el pez en el mar y sobre las olas, está en el mar y nada sobre las ondas. Se enfurece la tempestad en el mar, silban vientos procelosos, pero el paz nada, no es sumergido porque tiene el hábito de nadar. Así, también, para ti este siglo es un mar. Tiene diversas corrientes, grandes olas, crueles tempestades. Sé pez tú también, para que la ola del mundo no te sumerja. Bien dice el Padre al Hijo: “Hoy te engendré” (6), es decir, cuando redimiste al pueblo, cuando lo llamaste al reino del cielo, cuando cumpliste mi voluntad, probaste que eres mi Hijo.

4. Subiste de la fuente. ¿Qué pasó después? Oíste la lectura. Ceñido el obispo, pues aunque también lo hayan hecho los presbíteros, al sumo sacerdote compete el comienzo de este ministerio; ceñido, digo, el sumo sacerdote te lavó los pies. ¿Qué misterio es éste? Oíste, en verdad, que el Señor habiendo lavado los pies a los otros discípulos, se llegó a Pedro, y Pedro le dijo: “¿Tú me lavas los pies?” (7). Es decir: “¿Tú, el Señor, lavas los pies al siervo; Tú, inmaculado, me lavas los pies a mí; Tú el creador de los cielos, me lavas los pies a mí?”. También, en otra parte, tienes esto: Vino (Jesús) a Juan y Juan le dijo: “Soy yo quien debo ser bautizado por ti ¿y Tú vienes a mí?” (8) “Yo soy un pecador y Tú vienes al pecador que soy yo, como si fuera para despojarte de tus pecados, Tú, que no has cometido pecado”. Mira toda justicia, mira la humildad, mira la gracia, mira la santidad: “Si yo no te lavo los pies —dice Jesús (a Pedro)— no tendrás parte conmigo” (9).

5. No ignoramos que la Iglesia romana no tiene esta costumbre, aunque nosotros seguimos en todo su ejemplo y su rito. Con todo, ella no tiene esta costumbre de lavar los pies. Ten cuidado, quizá sea que se haya apartado (de esa costumbre) a causa de la multitud (de los que se bautizan). No faltan, sin embargo, quienes tratan de excusarla diciendo que no hay que hacer esto durante la celebración del Sacreamento, durante el bautismo, durante la regeneración, sino que hay que lavar los pies como se lavan a un

huésped. Pero una cosa es lo que se relaciona con la humildad otra con la santificación. En fin, escucha: es un misterio y una santificación: “Si yo no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo” (10). No digo esto para criticar a los demás, sino para justificar lo que yo hago. Deseo seguir en todo a la Iglesia romana; mas, con todo, también nosotros tenemos capacidad de discernir. Así lo que en otra parte se observa por mejores razones, también nosotros lo observamos por mejores razones (11).

6. Seguimos al mismo apóstol Pedro, nos adherimos a su devoción. ¿Qué responde a esto la Iglesia romana? Si él mismo, el apóstol Pedro, es el autor de esta nuestra afirmación; él, que fue el sacerdote de la Iglesia romana. El mismo Pedro, cuando dice: “Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza” (12). Mira su fe. Si primero rehusó (que el Señor le lavase) fue por humildad, y si después se ofreció ello provino de su devoción y de su fe.

7. Le respondí el Señor, a lo que dijera de manos y cabeza: “El que se lavó no necesita lavarse otra vez, a no ser solamente los pies” (13). ¿Por qué esto? Porque en el bautismo se lava toda culpa. Desaparece, pues, la culpa; pero porque Adán fue derribado por el diablo y se le derramó veneno sobre los pies, por esto te lavas los pies para que en la parte en que la serpiente te puso asechanza recibas mayor ayuda, mediante la cual no puedas después ser derribado. Por tanto, te lavas los pies para lavarte el veneno de la serpiente. También aprovecha a la humildad que no nos avergoncemos de hacer en el curso del misterio lo que desdeñamos hacer como obsequio.

II

8. Sigue después el *sello espiritual* (14), del que oíste hablar hoy en la lectura (15). Porque después de la fuente falta todavía llegar a la perfección, cuando a la invocación del obispo es infundido el Espíritu Santo, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de conocimiento y de piedad, el Espíritu del santo temor (16), que son como las siete virtudes del Espíritu.

9. En verdad, todas las virtudes conciernen al Espíritu, pero éstas son como cardinales, como las principales. Porque, ¿qué hay más importante que la piedad? ¿Qué más importante que el conocimiento de Dios? ¿Qué más importante que la fortaleza? ¿Qué más importante que el consejo de Dios? ¿Qué más importante que el temor de Dios? Así como el temor del mundo es una flaqueza, así el temor de Dios es una gran fortaleza.

10. Estas son las siete virtudes que recibes cuando eres signado (17). Porque, como dice el santo Apóstol, “la sabiduría de Dios es multiforme” (18). Así también el Espíritu Santo es multiforme, El, que posee diversas y varias virtudes. Así llámasele “Dios de las virtudes” (19) el cual puede ser aplicado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Pero esto será tema de otra disertación, en otra oportunidad.

11. ¿Qué sigue después de esto? Puedes llegarte al altar. En cuanto llegaste a él puedes ver lo que antes no veías. Este es el misterio que leíste en el Evangelio. Si acaso no lo leíste, ciertamente lo oíste. Para ser curado se acercó un ciego al Salvador; éste curaba a los demás y con solo su mandato devolvía la luz de los ojos. Sin embargo, en el libro del Evangelio que se titula según San Juan —quien vio, designó y declaró los más grandes misterios que los otros evangelistas— en aquel ciego quiso prefigurar este misterio. Sin duda todos los evangelistas son santos, todos los apóstoles —excepto el traidor— son santos. Sin embargo, San Juan, el que escribió el último evangelio como confidente buscado y elegido por Cristo, hizo oír —como con trompeta más potente— los misterios eternos. Todo lo que dijo es misterio. Otro dijo que el ciego fue curado, lo dijo Mateo, lo dijo Lucas, lo dijo Marcos. ¿Qué es lo que sólo Juan dice? “Tomó barro, lo extendió sobre sus ojos y le dijo: Vete a (la piscina de) Siloé”. Y, levantándose, “fue y se lavó y volvió con vista” (20).

12. Considera tú también los ojos de tu corazón. Las cosas que son corporales las veías con los ojos corporales, mas aquellas que conciernen a los sacramentos aún no podías verlas con los ojos de tu corazón. Así, pues, cuando diste tu nombre (para inscribirte para el bautismo), El tomó barro y lo extendió sobre tus ojos. ¿Qué significa? Que tenías que reconocer tu pecado, examinar tu conciencia y hacer penitencia de tus delitos, esto es, reconocer la suerte del linaje humano. Pues, aunque no confiese

pecado el que viene al bautismo, sin embargo con esto mismo hace confesión de todos sus pecados, porque pide ser bautizado para ser justificado, es decir, para pasar de la culpa a la gracia.

13. No lo tengas por inútil. Hay algunos, por lo menos sé de cierto que hubo uno, que cuando nosotros le dijimos: “A tu edad, mayor obligación tienes de bautizarte”, respondió: “¿Para qué bautizarme? No tengo pecado alguno. ¿Acaso he contraído pecado?” Este no tenía barro, porque Cristo no se lo había extendido (sobre los ojos), esto es, no le habían abierto los ojos. Porque no hay hombre sin pecado.

14. Por tanto, reconoce que es hombre aquel que se refugia en el bautismo de Cristo. Así, pues, a ti también te puso barro, es decir, verecundia (pudor), prudencia, conciencia de tu fragilidad, y te dijo: “Vete a Siloé”. ¿Qué es Siloé? “Palabra que significa —dice (el evangelista)— *enviado*”. Esto es, vete a aquella fuente en la que se predica la cruz del Señor, vete a esa fuente en la que Cristo ha redimido los extravíos de todos.

15. Fuiste, te lavaste, viniste al altar, comenzaste a ver lo que antes no veías, vale decir, por la fuente del Señor y la predicación de la pasión del Señor abriéronse tus ojos. Tú, que parecías como ciego de corazón, comenzaste a ver la luz de los sacramentos. Así, pues, hermanos amadísimos, hemos llegado al altar para tratar un tema de conversación más abundante. Mas, dada la hora que ya es, no podemos iniciar la explicación completa porque es más extenso lo que debemos tratar. Sea suficiente por hoy lo que se ha dicho, y mañana, si el Señor quiere, trataremos acerca de los mismos sacramentos.

NOTAS

1. Cita no literal del Eclesiastés (2, 14), en el que, en vez de *sentidos*, se dice *ojos* (la idea sería la misma, traducida a lenguaje más moderno). Esta expresión “sentidos” —dice el P. Botte— es característica de San Ambrosio (Cf. *Misterios*, 39).

2. Hechos 13, 33. Por error se ha de haber puesto Pedro, en el texto, correspondiendo, en cambio, a Pablo.

3. Colosenses, 1, 18.

4. Génesis 1, 11.

5. Génesis 1, 20.

6. Salmo 2, 7. El Pez. Los primeros cristianos recurrieron a los símbolos para expresar el objeto de su fe, ocultándolo de la malignidad pagana. Entre los primeros símbolos hállese el del pez. La adopción de esta figura es muy antigua y parece derivarse de varias fuentes. Los Padres afirman unánimemente que representa a Jesús y a los hombres, porque en la Biblia el mar designa alegóricamente a la humanidad, a la vida humana. Si este mundo es el mar, los hombres, a su vez, son los peces, y Jesús, que siendo Dios quiso asumir la naturaleza humana, es el Pez por excelencia. Dice Orígenes (*in Matth.* XVII, 24): “En este pez estaba en figura Aquel a quien llamamos Pez” Por casualidad, las cinco letras de la palabra pez en griego (*Ichtyhs*, o *Ijzys*: Iesus Jristos Zeos Yos Soter), corresponden a las iniciales de las palabras: *Jesús-Cristo, Hijo de Dios, Salvador*; esta coincidencia fue aprovechada en el llamado oráculo sibilino (citado y utilizado en el *Dies Irae*) formando acróstico en el verso inicial.

7. Juan 13, 6.

8. Mateo 3, 14.

9. Juan 13, 8.

10. Juan 13, 8.

11. San Ambrosio defiende la ceremonia del lavatorio de pies, contra posibles o reales impugnadores de este rito que ni él mismo ni nadie (ni en Oriente ni en Occidente) reputó esencial para el Bautismo. Hoy día se efectúa esta ceremonia piadosa, con el nombre de “mandato”, el Jueves Santo.

12. Juan 13, 9.

13. Juan 13, 10.

14. Sello espiritual (*spiritalis signaculum*). Para Tertuliano designa el bautismo mismo (*De pudic.* 9; *De spect.* 4, 24). Para San Cipriano designa el Espíritu Santo: “por nuestra oración e imposición de manos se consigue el Espíritu Santo y se consume el *signaculum* (sello) del Señor (en las almas)” (*Epist.* 73, 9). San Cirilo: “con el Espíritu recibimos el sello de la semejanza del hijo de Dios” (*In Joannem* 1, 1). San Atanasio llama sello al Espíritu Santo (*Epist. ad Serap.* 1, n. 23-24). Dice San Pablo: “Dios... nos selló y nos dio las arras del Espíritu en nuestros corazones” (II Cor. 1, 21-22), véase además, Efes. 1, 13 y 4, 30. Dice el R. P. Arinterro: El Espíritu Santo “es el sello viviente de Cristo, que, imprimiéndose en nuestras almas nos hace vivas imágenes de Dios” (*Evolución mística*, edic. B.A.C., 1952, pág. 169).

15. No se precisa qué lectura se ha hecho. Tal vez sea cualquiera de las siguientes: II Corintios 1, 21-22; Efesios 1, 13; 4, 30.

16. Isaías 11, 2-3.

17. Esta “consignación” es otro nombre de la confirmación.

18. Efesios 3, 10.

19. Salmos: 24 y 10 y 49, 8.

20. Juan 9, 6-7.

LIBRO CUARTO

I

1. En el Antiguo Testamento solían los sacerdotes entrar con frecuencia en el primer tabernáculo (o tienda); en el segundo sólo una vez al año entraba el sumo sacerdote. Esto es, evidentemente, lo que el Apóstol Pablo explica a los hebreos recordando la serie (de hechos) del Antiguo Testamento. Ahora bien, en el segundo tabernáculo se conservaba maná, también estaba la vara de Aarón que se secó y después volvió a florecer, y estaba el timiamaterio (el altar de los perfumes) (1).

2. ¿A qué viene esto? A haceros entender lo que es este segundo tabernáculo en el cual el sacerdote os ha introducido, en el cual el sumo sacerdote solía entrar una sola vez al año, es decir, el bautisterio, donde floreció la vara de Aarón (2). Antes estaba seca, después volvió a florecer. También tú estabas seco y después comenzaste a florecer con el riego de la fuente. Estabas seco por los pecados, estabas seco por los errores y los delitos, pero ya comenzaste a dar fruto, “plantado —como estás— junto a las corrientes de las aguas” (3).

3. Mas, tal vez digas: “¿Qué le importa al pueblo si la vara sacerdotal se secó y volvió a florecer?” El pueblo mismo ¿qué es, sino un pueblo sacerdotal? ¿A quiénes se dijo: “Mas vosotros sois “linaje escogido”, “sacerdocio real”, “nación santa”, como dice el apóstol Pedro? (4). Cada uno es ungido para el sacerdocio, y también es ungido para el reino; pero es un reino espiritual y un sacerdocio espiritual.

4. En el segundo tabernáculo estaba el timiamaterio, el que habitualmente exhalaba buen olor. Así vosotros también sois “el buen olor de Cristo”, ya en vosotros no hay ninguna mancha de los pecados, ningún olor de error grave.

II

5. Síguese, pues, que debéis venir al altar. Comenzasteis a venir. Esperaron los ángeles; vieron que veníais vosotros; y a esa condición humana, que antes estaba sucia con la tenebrosa inmundicia de los pecados, la vieron resplandecer súbitamente. Y entonces se dijeron: “¿Quién es ésta que sube del desierto vestida de blanco”? (5). Se admiran, pues, los ángeles. ¿Quieres saber cuánto se admiran? Escucha entonces al Apóstol Pedro, que dice que nos ha sido dado lo que los ángeles *también* desean ver (6). Escucha más aún: “Lo que el ojo no vio ni el oído oyó, es lo que prepara Dios a los que le aman” (7).

6. Reconoces, pues, lo que has recibido. El santo profeta David vio en figura esta gracia y la deseó con ardor. ¿Quieres saber cuánto la anheló? Oyele decir de nuevo: “Rociame con el hisopo y quedaré limpio; me lavarás y quedaré más blanco que la nieve” (8). ¿Por qué? Porque la nieve, aunque sea blanca, por alguna suciedad rápidamente se ennegrece y se corrompe; mientras que la gracia que recibiste, si guardas lo que recibiste, será durable y perpetua.

7. Venías, pues, al altar, lleno de deseo, por haber visto una gracia de tal modo grande; venías al altar, lleno de deseo, para recibir sacramento. Dice tu alma: “Me acercaré al altar de mi Dios, de Dios que alegra mi juventud” (9). Deposiste la vejez de los pecados, tomaste la juventud de la gracia. Esto es lo que te dieron los sacramentos celestiales. Una vez más oye a David que dice: “Tu juventud se renovará como la del águila” (10). Comenzaste a ser una buena águila que tiendes hacia el cielo y desprecias lo terreno. Las buenas águilas están junto al altar, porque: “donde está el cuerpo allí también están las águilas” (11). El altar representa el cuerpo, y el cuerpo de Cristo está en el altar. Vosotros sois las águilas renovadas mediante la ablución del pecado.

III

8. Viniste al altar, miraste atentamente los sacramentos puestos sobre el altar y te admiraste delante de esta misma criatura, no obstante ser ella una criatura común y conocida.

9. Tal vez alguno podría decir: “Dios otorgó a los judíos una gracia muy grande: les hizo llover maná del cielo. ¿Qué más les dio a sus fieles? ¿Qué más dio a aquellos a los que más prometió?”

10. Escucha lo que digo: Los misterios de los cristianos son anteriores y más divinos que los misterios de los judíos (12). ¿Cómo? Escucha. ¿Cuándo comenzaron a existir los judíos? Desde Judá, ciertamente, bisnieto de Abrahán; o si quieres entenderlo así, desde la Ley, cuando los judíos merecieron recibir el derecho divino. Así, por causa del bisnieto de Abrahán es que se les llamó judíos en el tiempo del santo Moisés. Y si entonces Dios hizo llover el maná a los judíos que murmuraban, para ti, en cambio, la figura de estos sacramentos se remonta al tiempo de Abrahán (precede, pues, a Judá y al maná de los judíos). Cuando reunió trescientos servidores y fue en persecución de sus enemigos arrancando de la cautividad a su sobrino; volvió entonces victorioso, y salió a su encuentro el sumo sacerdote Melquisedec y ofreció pan y vino (13). ¿Quién tenía el pan y el vino? No los tenía Abrahán. Mas ¿quién los tenía? Melquisedec. Este mismo es el autor de los sacramentos. ¿Quién es Melquisedec que significa *rey de la justicia, rey de paz*? (14). ¿Quién es este rey de justicia? ¿Acaso algún hombre puede ser rey de justicia? ¿Quién es rey de justicia a no ser la justicia de Dios? ¿Quién es la paz de Dios, la sabiduría de Dios? (15). Aquel que pudo decir: “Mi paz os dejo, mi paz os doy” (16).

11. Por tanto, comprende, ante todo, que estos sacramentos que recibes son anteriores a los sacramentos de Moisés que los judíos dicen que tienen, y que el pueblo cristiano comenzó antes que comenzara el pueblo de los judíos, mas nosotros en la predestinación, ellos en el nombre.

12. Ofreció, pues, Melquisedec pan y vino. ¿Quién es Melquisedec? “Sin padre —dice—, sin madre, sin genealogía, sin principio de días ni fin de vida” (17). Eso dice la Epístola a los Hebreos. Sin padre —dice— y sin madre semejante al Hijo de Dios. Sin madre nació el Hijo de Dios por la generación celes-

tial, porque nació de sólo Dios Padre. Y, otra vez, nació sin padre cuando nació de la Virgen. Porque no fue engendrado por hombre, sino que nació del Espíritu Santo y de la Virgen María, dado a luz de un seno virginal. En todo semejante al Hijo de Dios, Melquisedec también era sacerdote, porque también Cristo es sacerdote a quien se dice: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (18).

IV

13. ¿Quién es, pues, el autor de los sacramentos sino el Señor Jesús? Del cielo vinieron estos sacramentos, porque el designio (19) es totalmente del cielo. Grande es también, en verdad, el milagro divino de que Dios hiciese llover para el pueblo maná del cielo y el pueblo comiese sin trabajar.

14. Tal vez dices: “Es mi pan común”. Mas este pan es pan antes de las palabras sacramentales; en cuanto sobreviene la consagración, el pan se convierte en la carne de Cristo. Por tanto, probémoslo. ¿Cómo lo que es pan puede ser el cuerpo de Cristo? ¿Por medio de qué palabras se hace, entonces, la consagración y cuyas son esas palabras? Del Señor Jesús. En efecto, todas las otras cosas que se dicen antes, por el sacerdote son dichas: se ofrecen alabanzas a Dios, se hace oración rogando por el pueblo, por los reyes (20), por lo demás. En cuanto se llega a producir el venerable sacramento, ya el sacerdote no usa sus propias palabras, sino las de Cristo. De modo que la palabra de Cristo es la que produce este sacramento.

15. ¿Cuál es la palabra de Cristo? En verdad, aquella por la cual todas las cosas han sido hechas. Ordenó el Señor y se hizo el cielo; ordenó el Señor y se hizo la tierra; ordenó el Señor y se hicieron los mares; ordenó el Señor y se engendraron todas las creaturas. Mira, pues, cuán eficaz es la palabra de Cristo. Si tan poderosa es la palabra del Señor Jesús, de modo que por ella comienza a ser lo que antes no era, cuánto más ha de serlo para hacer que las cosas que ya eran sean y se cambien en otra cosa. No existían el cielo, ni existía el mar, no existía la tierra, pero escucha a David que dice: “El dijo, y fueron hechos, El ordenó, y fueron creados” (21).

16. Así, pues, para responderte: antes de la consagración no estaba el cuerpo de Cristo, pero después de la consagración te digo que es ya el cuerpo de Cristo. El dijo, y se hizo; El ordenó, y se creó. Tú mismo existías, pero eras creatura senil; después que fuiste consagrado, comenzaste a ser una nueva creatura. ¿Quieres saber cuál una nueva creatura? “Todo el que está en Cristo — dice San Pablo— es una nueva creatura” (22).

17. Oye, pues, cómo la palabra de Cristo acostumbra a cambiar toda creatura y cómo cambia, cuando quiere, las leyes establecidas de la naturaleza. ¿Preguntas cómo? Escucha, y ante todo tomemos ejemplo de su nacimiento. Lo ordinario es que un hombre sea engendrado por un hombre y una mujer, por el uso del matrimonio. Pero, porque así lo quiso el Señor, porque El eligió este misterio, del Espíritu Santo y de la Virgen nació Cristo; esto es, *el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo* (23). Ves, pues, que contrariamente a las leyes y al orden de la naturaleza ha nacido un hombre de una virgen.

18. Escucha otro ejemplo. El pueblo judío era acosado por los egipcios, el mar le cerraba el paso. Por mandato divino Moisés tocó las aguas con la vara y las dividió (24), no, ciertamente, según lo habitual de su naturaleza, sino según la gracia del poder celestial. Ten otro ejemplo más. El pueblo tenía sed; se llegó a una fuente. La fuente amarga era. El santo Moisés puso un leño en la fuente, y la fuente que era amarga hízose dulce, vale decir, cambió su manera natural de ser, recibió la dulzura de la gracia (25). Oye también un cuarto ejemplo. Había caído al agua el hierro de un hacha y, como era hierro, según lo propio de su naturaleza se sumergió. Puso Eliseo un leño (en el agua) y en seguida el hierro se elevó y sobrenadó en el agua (26), evidentemente contra lo que es propio de la naturaleza del hierro. Porque, en efecto, es una materia más pesada que el elemento agua.

19. ¿Con qué todas estas cosas no comprendes aún cuán eficaz es la palabra celestial? Si obró ella en una fuente terrena, si la palabra celestial obró en las otras cosas, ¿no obrará en los sacramentos celestiales? Aprendiste, pues, que el pan se convierte en el cuerpo de Cristo, y que se pone en el cáliz vino y agua y que por la palabra de la consagración celestial se convierte en su Sangre.

20. Pero, tal vez digas: “Yo no veo la apariencia de la sangre”. Pero tienes el signo. Así como tomaste la similitud (símbolo

lo) de la muerte, así también bebes la semejanza de la preciosa Sangre, de modo que no se da el horror de la sangre que se derrama y, sin embargo, produce su efecto el precio de la redención (27). Aprendiste, pues, que lo que recibes es el cuerpo de Cristo.

V

21. ¿Quieres saber mediante qué palabras celestiales se consagra? Oye cuáles son las palabras. Dice el sacerdote: “Concédenos que esta ofrenda sea aprobada, razonable (espiritual) y agradable, porque es la figura del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo. El cual, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas manos, levantó los ojos al cielo, a Ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, lo bendijo dando gracias, lo partió y fraccionado lo dio a sus apóstoles y discípulos, diciendo: “Tomad y comed todos de esto, porque esto es mi cuerpo que será partido para muchos”.

22. Presta atención. *“De manera semejante, también tomó el cáliz después de haber cenado —la víspera de su Pasión—, elevó los ojos al cielo, a Ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, lo bendijo dando gracias y lo dio a sus apóstoles y discípulos, diciendo: “Tomad y bebed todos de esto, porque esto es mi sangre”.* Considera que son palabras del evangelista hasta “*tomad*”, ya del cuerpo o ya de la sangre; pero a partir de aquí, son palabras de Cristo: “Tomad y bebed todos de esto, pues esto es mi sangre”.

23. Considera cada uno de los detalles.

“La víspera —dice— de su Pasión, tomó pan en sus santas manos”. Antes de ser consagrado es pan; mas, cuando sobrevienen las palabras de Cristo, es el Cuerpo de Cristo. Oyele decir finalmente: “Tomad y comed todos de esto, porque esto es mi cuerpo”. Y antes de las palabras de Cristo, el cáliz está lleno de vino y agua; pero desde que las palabras de Cristo han obrado, se convierte en la Sangre que redimió al pueblo. Mira, pues, de cuántas maneras es poderosa la palabra de Cristo para transformar todo. Porque el mismo Señor Jesús nos afirma que nosotros recibimos su Cuerpo y su Sangre. ¿Debemos, acaso, dudar de su veracidad y testimonio?